

SE ACABO LA SEQUIA



DON JUAN.—¡Eh, taxi!

EL CAMPEONATO de interpretaciones del "TENORIO" lo tiene RICARDO CALVO

DON Ricardo Calvo habita un hotelito en una de esas colonias esparcidas en torno a la capital.

—¿Recuerda usted cuándo interpretó por primera vez a Don Juan?

—Sí; fué a los veintidós años, en Sevilla. Iba yo entonces de galán con la compañía de Paco Fuentes y me cedió el papel el último día de "Tenorios". De esto hace... cuarenta años.

—¿Cuántas representaciones habrá dado, en total, a la obra de Zorrilla?

—Es imposible saberlo. Miles de veces... Por regla general la he representado todos los años. En los tiempos en que tenía compañía, sobre todo en las temporadas en el Teatro Español, la hacía durar cerca de dos meses en los carteles; de últimos de octubre a primeros de diciembre... Y aún fuera de la temporada de los "Tenorios" me la pedían por ahí.

—En América también, como es lógico.

—Ya lo creo. Allí he estado cinco veces y la he representado mucho. Y asimismo en algunos países de Europa. "Don Juan Tenorio" es popular universalmente y nos la pedían por dondequiera que íbamos.

—¿Qué opinión tiene usted de "Don Juan Tenorio"?

—Creo que es una obra maravillosa, una de las grandes obras del teatro español. Para convencerse de la verdad de lo que digo basta con saber que no solamente ha resistido los embates de las críticas de todos los tiempos, sino también las del propio autor, de Zorrilla, que siempre la tiró al diablo.

—¿Y en el éxito del Tenorio no cree usted que influye mucho la interpretación que se le dé?

—Desde luego. La obra es Don Juan, y cuando falla el actor que hace este papel fracasa todo.

—¿Qué escena del Tenorio le gusta a usted más?

—El acto del panteón es donde me encuentro más a gusto. Razón: porque solamente un actor lírico, como yo, puede hacerlo.

—Pues hoy día no creo que existan muchos como usted... ¿Y lo que menos le gusta?

—El cuarto acto, la escena dichosa del sofá y la muerte del Comendador y de Don Luis... Es un acto que me inquieta y me violenta. El público parece estar esperando un motivo de risa...

—¿Qué considera usted más importante para interpretar a Don Juan: la recitación de los versos o la acción del personaje?

—Un actor que sea actor, lo primero que tiene que hacer es el personaje. "Te odio" y "te quiero" se dice lo mismo en prosa que en verso. Lo interesante, verdaderamente, es llevar siempre al público una sensación de realidad. Después, sí, es preciso que los versos suenen a versos.

Pregunto ahora a don Ricardo sobre un particular muy debatido por los "tenoristas" de

hoy: la edad del actor que interpreta el personaje de Zorrilla. Don Ricardo Calvo dice:

—El secreto del éxito es hacer las cosas bien, se tengan veinticinco o noventa años. Yo nunca me he ocupado de cómo hacían los demás el "Tenorio", porque considero que el arte del actor es individual; no creo, pues, en las escuelas. Pero hay, por lo visto, quien se preocupa y hasta quien quiere hacer un Tenorio moderno, sin darse cuenta de que para hacer una cosa moderna lo principal es conocer lo antiguo.

Don Ricardo sigue hablando de "Tenorio" y me detengo en las anotaciones para escucharle. El insigne actor sabe más que nadie del tema y su charla no cansa. Luego escribimos las últimas líneas.

—Hace un ratito—dice—me ha visitado el hermano de María Fernanda Ladrón de Guevara. Quiere que haga el Tenorio con Amparito Rivelles cuando se vaya Armando Calvo.

—¿Y ha aceptado?

—Yo, sí; a mí me entusiasma interpretar a Don Juan. Pero no sé si podré, porque posiblemente se repondrá ahora en el María Guerrero "Los endemoniados", y yo pertenezco a la Compañía del Teatro Nacional. Pero si no se repusiera esta obra y me dieran permiso... ¡vaya si lo hacía!

Y todavía sus ojos se iluminan con un brillo de ilusión. Como si fuera a interpretar a Don Juan por vez primera.

Juan DE DIEGO

BUENAS NOCHES



La hija del Comendador JUEGA AL TENIS en la QUINTA SEVILLANA

Nuestro reportero gráfico ha sabido obtener esta instantánea de la señorita Inés de Ulloa, que juega a la raqueta mientras espera la llegada de su Don Juan. Juzgamos que un Tenorio moderno tiene que renunciar a esa sala de falsas bambalinas, de gusto trasnochado, con balcón al fondo... Y que también debe prescindir del sofá por estar eso muy gastado y sin muelles...

Es mucho mejor y más espectacular que la señorita Doña Inés le espere en el frondoso jardín de la quinta, jugando al tenis y junto a la red en la que Don Juan acabará de caer como un salmónete cualquiera. Allí sí que pueden sonar bien, después de un refresco "set", la arrebatadora tirada de versos: "¡Cálmate, pues, vida mía!" Claro que hay el peligro de que la señorita Doña Inés, moderna y deportista, le rompa sobre la melenuda cresta de Don Juan, como final, las cuerdas de su raqueta.



A la edad de Doña INES... pero sin pensar en Don JUAN

LA breve existencia de Doña Inés estuvo atormentada por el constante pensamiento de Don Juan. En la época en que ocurre la acción del "Tenorio" las mujeres se atormentaban con promesas de amores imposibles desde su más tierna infancia. Doña Inés, a sus diecisiete años, amaba ya locamente, con un amor de esos que acaban en la Vicaría o en la tumba; con un amor —¿será cierto?— único, imposible de substituir. Hoy todo ha cambiado tanto que hasta el amor de las mujeres camina por otros derroteros menos trágicos. Aquí tenemos—un caso entre miles de millones—a la encantadora Anne Rooney, que a la misma edad de Doña Inés es inquietada por varios Tenorios. Pero ella sólo piensa en Tirone Power.

GLOBOS

Una de las rimas aconsonantadas que más juegan con la palabra Tenorio es el vocablo "notorio". Y en la escena de las apuestas, cuando don Luis y don Juan porfían para declarar cuáles son sus respectivas cillas, nosotros recordamos esta confusión de los protagonistas en la representación del inmortal drama:

DON JUAN.—Que ésta es mía haré "tenorio".

DON LUIS.—Y yo también que ésta es mía.

DON JUAN.—Luego sois don Luis Gemías.

DON LUIS.—Seréis, pues, don Juan Notorio.

¡Y es que las equivocaciones nunca vienen solas!

En la escena de la carta: DONA INES.—"Doña Inés del alma mía; ¡Virgen Santa, qué principio!

BRIGIDA.—Amor sin racionamiento—y después un buen cocido.

Hay Ineses que, con los años, no obstante ser más voluminosas que las abadesas, se atreven a representar con albas tocadas el "Tenorio". Y a veces se da el caso de que el galante Don Juan no es lo suficientemente deportivo y altético para raptarla mientras doña Inés está desmayada. Este problema, que suele presentarse a menudo en nuestra escena durante el mes de noviembre, lo hemos visto resolver del siguiente modo:

BRIGIDA.—¡Ay de mí! Se ha desmayado—al mirar vuestra mirada—y el amor le ha trastornado.

DONA INES.—¡Ea! No desperdicie—el tiempo aquí en contemplarlo—si perderle no queremos.—En los brazos a tomarle—voy, y cuanto antes salvemos—este galán temerario...

BRIGIDA.—Feliz idea. Yo os sigo.

DONA INES.—Si es que él no puede conmigo,—yo soy como un dromedario...

(Y Doña Inés rapta a Don Juan.)

CRONICA CONTRA EL BURLADOR

OTRA vez Don Juan. Don Juan se repite para nosotros todos los otoños con la misma constante pelmacería con que florecen todas las primaveras los almendros. Día llegará en que se organice un movimiento de resistencia contra Don Juan y contra los almendros. Y será perfectamente justo. No hay nada más valioso que la contumacia. La contumacia tiene la mentalidad de la péndola de un reloj.

Examinemos a Don Juan. Este no será para él un "examen de Estado", porque entonces habrá fatalmente que suspenderle, ya que Don Juan no sabía nada de nada, y de lo que menos sabía era de hacer el amor; no sólo no sabía hacerlo, sino que sin querer lo deshacía.

Don Juan, estraperlista del amor

Don Juan era un niño de casa rica, un niño bitongo, un niño pera, un niño "topolino". Era el alcaide de la vanidad. Para él, en la conquista de la mujer, lo que menos importaba era ésta, ni le importaba tampoco su cariño, su estimación, su afecto y mucho menos su ternura, matiz afectivo que era incapaz de comprender. A Don Juan lo único que le interesaba en serio es que las gentes



se enterasen de sus conquistas. Padecía incontinencia verbal —como casi todas las mujeres—, era un indiscreto, era un cotilla, era... un feminóide.

Don Juan, la radio y el cine

Si Don Juan hubiese sido un hombre de nuestra contemporaneidad, aparte de los innumerables procesos que había tenido por corrupción—porque él no hacía otra cosa que corromper con el dinero de papá—, habría utilizado constantemente la radio—pagando a tanto el minuto—para emitir a los cuatro vientos sus diálogos de amor. Y habría filmado la escena del sofá haciéndose pagar muy bien por una casa de películas en su calidad de galán semijoven.

Este acreditado estraperlista del amor que fué Don Juan—la celestina, la bolsa de oro siempre por delante—murió, pero dejó rastro. La plaga innumerable y estupidizante de los tenorios, que les lleva a creer que cuando las mujeres les hacen caso porque les conviene, es que les idolatran.

Algún día llegará en que un hombre conquiste a una mujer —quizá sea en el mundo que nos organice la bomba desatomizadora—, pero en los días que hasta ahora han llegado desde la Creación, los conquistados hemos sido siempre nosotros...

Juan SOL LUNA

BUENAS NOCHES

Miércoles, 31 octubre 1945

Año II Núm. 76

Redacción y Administración:

PUEBLO

NARVAEZ, 70
Teléfono 62600.
Apartado 517.

DONA INES DE ULLOA

juzgada por sus intérpretes

NUESTRA pregunta es leve, de apariencia intrascendente: "¿Quedará usted sobre Doña Inés?" Sería el tema banal de una de tantas banales encuestas, sin más razón de ser que la que pudiera prestarle la actualidad de estos días tenorios, si tras su interrogación no se escondiera, agazapada, una intención más amplia, más profunda. La de saber, por ejemplo, qué nos dicen nuestros artistas de hoy—la mujer de nuestros días en síntesis—de la mujer-símbolo de los tiempos pasados. Pretendemos averiguar si es cierto que el eterno femenino sigue invariable al paso de los siglos o si, por el contrario, han cambiado sus reacciones ante los conflictos sentimentales, sus puntos de vista, su manera—en lo fundamental—de entender eso tan caro que se llama hoy la vida...

Doña Inés, "sonrisa eterna", alrón de poesía mística y triste, exégesis de lo femenino, con su hábito blanco que tiene pliegues de las primeras nieblas del mes de los muertos, está otra vez a nuestro lado. ¿Qué pensarán de ella, como mujer, estas otras novicias que yo he visto retocarse de púrpura los labios y consumir nerviosamente un cigarrillo inglés en el pequeño nido luminoso de los camerinos teatrales?

Amparito Rivelles

¿Quién fuera Don Juan, querido lector! Cambiaría gustosamente ahora mismo el flexible por la gorra de plumas, la gabardina por la capa alrosa, la corbata por el jubón acuchillado de raso y la pluma por la espada, con tal de enamorarse a esta maravillosamente bonita Doña Inés que encarna Amparito Rivelles. Aunque luego tuviera que afrontar el ridículo de ir vestido de Tenorio por esas calles. Es doloroso que en lugar de versos apasionados más labios tengan que barbotar palabras periodísticas...

—Vamos a ver, Amparito, tú ¿qué opinas de Doña Inés?

—Que me parece una pobre víctima de todos. Ya podía Zorrilla haberse portado más generosamente con ella. Me da pena, créalo... La dejan con la miel en los labios. Le matan al padre, al novio, muere ella misma...

—¿No la crees, a pesar de todo, un poco cursi?

Vibra su voz cortándose:

—No; a mí las cursis me parecen las niñas de ahora... ¡Pero ella!

Mercedes Prendes

—Mercedes, parece usted una auténtica novicia... ¿Ese gesto! ¡Esa palidez conventual!

Tiene una sonrisa exquisita, casi seria, agradeciéndome mis palabras. Luego dice:

—Iremos al grano si le parece bien. ¿Que cuál es mi opinión sobre Doña Inés? Mi opinión es apasionada, claro... La considero, como tipo literario y hasta como elemento femenino, maravillosa. Es un personaje que me entusiasma representar. Creo que si todas las mujeres de ayer, hoy y mañana reaccionaran como ella lo hace ante las cosas, mejor iría el mundo... ¡Nos hacen falta mujeres como Doña Inés, señor periodista.

Mari Delgado

—¿Mi opinión?... Por lo que más quiera, déjeme unos minutos para pensarla. La pregunta no es tan fácil de contestar como parece.

Concedí a Mari Delgado el pequeño "armisticio" de unos minutos... Silencio y penumbras—la luz no viene hasta las siete y media—en el camerino. Se escucha durante un rato un ruido espantoso de panderetas y gritos. ¿Será que están ensayando los malditos? Me dice:

—Mire usted, la verdad Doña Inés me gusta mucho. Es un tipo magnífico... Claro que como los tiempos han cambiado, es posible que algunas de sus cosas nos parezcan un poco flojas, un poquito cursis. Pero en el fondo, no creo a ninguna mujer capaz de censurarla...

Elsa Garza

Escenario sombrío de una película terrorífica. Eso parecen, a oscuras, los bastidores de un teatro. Este pasillo angosto,

cuyas maderas gimen en las tinieblas, delatan nuestros pasos y el andar cauteloso de otros seres invisibles. Aquellos escalones que se adivinan en la penumbra parecen el lugar donde el asesino acecha a su víctima... Las víctimas en este caso vamos a ser nosotros como tenemos que subirlos sin ver ni gota... La caída es algo que se impone y sin embargo llegamos sin tropezar más que diez o doce veces al cuarto de Elsa. ¡No crean ustedes que no tenemos suerte!

Hemos estado con ella más de media hora. Media hora que nos ha bastado para que la voz armoniosa de Elsa nos persuadiera de nuestro fracaso informativo. ¿Para qué vamos a traerles a ustedes sus palabras? Nos ha dicho lo mismo que la artista anterior, lo mismo que todas...

Carmen Prendes

—Bueno, ¿qué le parece a usted Doña Inés?

—Como personaje literario o como tipo femenino?

—Como las dos cosas.

—Vera; en el aspecto literario no termina de convencerme. La creo excesivamente in-

genua. ¡Volverse loca con una cartita cómo esa! ¡Con lo rampona que es la cartita, señor! Zorrilla exageró un poco su inocencia. Con Doña Inés, no obstante, sin toda esa hojarasca literaria, estoy completamente de acuerdo.

Aná Mariscal

—¿Qué me dices de la ropa que llevas puesta?

—Que es muy incómoda.

—No, mujer, me refiero a lo que ese hábito representa, a Doña Inés de Ulloa.

—¿Te es imprescindible complicarme la vida con la pregunta?... En ese caso... La novicia del drama es un personaje que me subyuga, uno de los papeles que más a gusto hago. Su candor... Sus mismos dolorosos problemas... Son cosas, todas estas, que me emocionan sinceramente...

—Y de Don Juan, ¿puedes darme tu opinión? También vas a representarlo.

—¡Ya lo creo! El burlador me parece un pobre burlado.

Una máscara fanfarrona. Si yo me encontrara en la calle un don Juan como él, me moriría de risa...

Juan FORTEGA

DON JUAN TENORIO

juzgado por sus intérpretes

El personaje legendario de Zorrilla—espada al cinto, sombrero de plumas, cascabel a cada bragueta—ha acudido este año también a la cita—a la cita que le dan los empresarios—con la puntualidad de un recaudador de contribuciones. No transcurre jamás el mes de noviembre sin que el Tenorio venga a visitarnos y a llevarse, de paso, los cuartos de sus tradicionales admiradores. De este Don Juan—sentimentalismo a un lado—ignora todo el mundo si es cierto su dominio en el difícil arte de la esgrima, pero de lo que ya está convencido hasta el maestro Afrodísio es de que sabe practicar el sablazo anual con la seguridad de un privilegiado.

Esta, al menos, es nuestra humilde opinión... Vamos a ver lo que piensan de nuestro personaje los que en la actualidad lo están representando en el mundo irreal—papel y madera—de los escenarios...

ALFONSO MUÑOZ

El camerino del actor está adornado con un gusto exquisito. Los muebles son del más puro estilo isabelino, tan delicados y tan bellos que la única falta que

notamos en la habitación es la de un cartelito que advirtiera amablemente al visitante: "Cuidado al sentarse, prohibido respirar."

—El Tenorio, en su concepción humana, me parece un cínico bien vestido y un burlador al que es demasiado fácil engañar. Quiero dejar bien patente, sin embargo, que me refiero al Don Juan como hombre, no como tipo literario...

—Vamos, contésteme francamente.

—Mire un ejemplo: si yo soy la enamorada y me envía un admirador una carta tan ingenua como esa, le doy unas calabazas como para cruzar el Atlántico. Es más; no me gustaría ser en la vida un tipo tan falsamente conquistador como Don Juan.

SEOANE

Para nosotros, la simpatía y la cordialidad tienen un nombre propio en el mundillo teatral y cinematográfico: José María Seoane. Es él quien nos dice:

—Yo no me considero, ni mucho menos, un Tenorio. Creo que ser en la realidad un Tenorio es una desgracia como otra cualquiera.

—Y los que presumen de ser-

lo, ¿qué te parecen?

—Unos imbéciles.

—¿Hubieras tú, en el caso de Don Juan, raptado a Doña Inés?

—De ninguna manera. Yo soy un caballero.

—Con lo cual quieres decir...

—Que Don Juan no lo era, a pesar de su fama, su capa y su espada.

MANUEL DICENTA

El primer actor del Cómico me dice que es un admirador de Don Juan como mito literario, como arquetipo, pero que un Tenorio en la práctica se le antoja algo insoportable.

—¿Se hubiera usted enamorado de una mujer como Doña Inés?

—Yo, no; me parece demasiado cándida.

—En definitiva, ¿crees usted parecerse en algo al burlador?

—Creo que, por fortuna, en nada... Si acaso... Si acaso... Si acaso... en que sé también tocar a espada (hace un guiño y ratifica): a espada ¿eh?, no a sable.

LUIS ARROYO

Los comparsa—pirotrot amarillos, rojos y azules, de esos que ya no se ven, o mejor dicho, no adivinan, en los días tenorios—forman su tradicional escándalo entre bastidores... Es entonces cuando oigo: "¿Qué gran esos malditos?" Y poco después Luis Arroyo baja apresuradamente las escaleras de caracol que conducen a los camerinos. Ya en el suyo, nos dice contestando a nuestra pregunta:

—Don Juan, desde el comienzo de la obra hasta la escena de la quinta, me parece un burlador despreciable. Un atracador de la moral, vestido de príncipe. Luego ya empieza a dignificarse... Y a gustarme... Creo magníficas sus reacciones finales. Un poco exageradas, pero magníficas. Por lo menos, más nobles que todas sus conquistas amorosas y sus "atropellos a la razón".

JUAN BERINGOLA

—Estoy completamente de acuerdo con todos los juicios que el "Tenorio" merece a mis compañeros. Sólo los considero un poco indulgentes...

—¿Cómo! ¿Los ve usted perdidos?

—Desde luego. Yo diría de por ejemplo, algo más: que un estraperlista sin escrúpulos. Un desalmado, que no tiene ni atenuante de su redención por lo que tiene que ser una mujer quien la logre... Un hombre, suma, que no tiene voluntad y no sea tratándose del Tenorio. Claro que dentro de la república de su proceder, sería del género tonto negarle ciertas cualidades hermosas como es, por ejemplo, su gran valor... Esto, además desde un punto de vista tolerante, puesto que esta cualidad, el mejor de los casos, no debe ser un ímpetu primitivo bárbaro...

—¿Caray! ¿Pues le ha parecido usted bueno?

ARMANDO CALVO

Lo veo en su casa. Una americana "port" y unos pantalones de montar substituyen durante unas horas el atuendo burlador del Tenorio sobre sus hombros. Según él, el tipo de Don Juan considerándolo desde el punto de vista humano, es un inmundo despreciable, un vulgar asesino que merece morir en las manos del capitán Centellas. Tampoco le gustaría ser un tipo como burlador en la vida.

—¿Y raptar a Doña Inés?

—De ninguna manera. Y tener que llevármela en brazos menos — exclama sonriendo — No está ya uno para esos troques ¿comprende?

Ya ve usted, lector, cómo otros tenemos razón al asegurar que el burlador no era más que un pobre chalán afortunado. Los mismos intérpretes nos lo han dicho. Y empezamos a sospechar también que de lo que en realidad murió el Comendador fue un sablazo de 100 pesetas pretendido darle. Es de otro susto... Como nos pasa a cualquiera...

No se contesta

correspondencia

ni se devuelven

originales

